

La noche como provocación

¿Qué puede querer Dios de nosotros? ¿En qué puede realmente ayudarme en la vida? Son interrogantes que tantas veces hemos podido escuchar a mucha gente que, en una sociedad como la nuestra, quieren buscar un sentido "útil" a todo. Creemos en aquello que podemos comprar, que nos da una felicidad inmediata. El gran dios es el consumo: nadie regala nada, todo tiene un precio. Por eso Dios, que *ha sido un derroche para con nosotros*, constituye el gran reto para nuestro mundo. *«El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada»* (Papa Francisco).

¿Qué quiere Dios de nosotros? La alegría. Ese sentimiento que nace de la convicción de estar en buen camino, formando Iglesia, mostrando el rostro de Dios de la Vida. «Alegraos y regocijaos» (Mt 5, 12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, la llamada a la santidad.» En su última exhortación -*Gaudete et exultate*- el Papa Francisco nos indica desde su inicio la grandeza de la vocación a la que estamos llamados. La mediocridad nada tiene que ver con ser cristiano.

La alegría es la señal distintiva de quien sabe ha acertado en la vida: te sientes seguro, en buenas manos, tienes un fin que, poco a poco, vas cumpliendo. El Amor, entregado y derramado en la Cruz, es el camino que llena de sentido la propia existencia, en cada detalle, en toda situación: *«Cuando el Cardenal Francisco Javier Nguyen van Thuan estaba en la cárcel, renunció a desgastarse esperando su liberación. Su opción fue vivir el momento presente colmándolo de amor; y el modo como se concretaba esto era: «aprovecho las ocasiones que se presentan cada día para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria.»* (Papa Francisco, *Gaudete et exultate*, 17).

El gran reto de un cristiano en nuestro mundo es provocar: hacer resonar en el corazón de cada persona una llamada, un reto. Provocamos para hacer despertar una vocación que toda persona ha recibido en su corazón. Por eso pertenecer a ANFE debe ser provocadorí como una campana: avisando constantemente dónde está la fuente de agua viva.

Y todo con un marcado rostro femenino. Nos lo explica el Papa Francisco en la misma exhortación apostólica: *«quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, aun en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia. Podemos mencionar a santa Hildegarda de Bingen, santa Brígida, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Ávila o santa Teresa de Lisieux. Pero me interesa recordar a tantas mujeres desconocidas u olvidadas quienes, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia de su testimonio. Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno para darlo todo, para crecer hacia ese proyecto único e irrepetible*

que Dios ha querido para él desde toda la eternidad: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré» (Jr 1,5).ö

Llamadas a *provocar*, a vivir la noche como un reto que hay que presentar al mundo. Cada vigilia se convierte en profecía: anunciamos -¡gritamos!- que el mundo necesita a Dios para salvarse. Nuestro pecado tantos veces condena, separa, encierra, divide, enfrentaí nos rompe con nosotros mismos y con los demás. Dios es el que une: a los hermanos en un mismo altar, con una misma Palabra y comida; a cada persona, sanando el corazón, re-viviendo con la gracia.

Pero con una constante llamada a la alegría: *öLo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. Ser cristianos es «gozo en el Espíritu Santo» (Rm 14,17), porque «al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, pues todo amante se goza en la unión con el amado [í] De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo». Hemos recibido la hermosura de su Palabra y la abrazamos «en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo» (1Ts 1,6). Si dejamos que el Señor nos saque de nuestro caparazón y nos cambie la vida, entonces podremos hacer realidad lo que pedía san Pablo: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (Flp 4,4).ö (Papa Francisco).*

Nuestra noche, por tanto, es un momento de intensa alegría. ¡Es el Señor! proclamamos admiradas y por eso permanecemos en su amor. Una entrega que ha vencido nuestro pecado, nuestras maldades: *öLa fuerza con la que la verdad se impone tiene que ser la alegría, que es su expresión más clara. La unidad no se consigue mediante la polémica ni tampoco mediante teorías académicas, sino con la irradiación de la alegría pascual (í) y en ella los cristianos deberían darse a conocer al mundoö.* (Benedicto XVI, *La Fiesta de la Fe*, 1999).

¿Son realmente nuestras vigiliass así? ¿Expresan la alegría de la fe, del encuentro, de la vivencia compartida de nuestro caminar cristiano? ¿Salimos entusiasmadas de nuestras vigiliass? ¿Somos cada día más felices en ANFE? ¿Contagiamos nuestra felicidad?

öLa mujer en la Iglesia tiene su puesto, tiene su lugar y tiene una vocación irrenunciable a ser ministro de la ternura de Dios, ministro de la delicadeza de Dios, reflejo de la maternidad de Dios porque Dios es padre y madre, no solo es padre, también es madre. La mujer tiene que ser testigo de la ternura de Dios, de la misericordia de Dios, la mujer tiene como misión redimir todos y cada uno de los gestos, la mujer tiene que enseñar el valor de la fragilidad, la fortaleza de lo pequeño, la reciedumbre de una madre. La mujer tiene que enseñar a los hombres a llorar, a llorar la soledad del Señor, a llorar la dureza de corazón, a llorar tantos hermanos que se nos muerení La mujer en la Iglesia tiene que enseñar a acariciar, a besar, a tocar, tiene que redimir todos esos gestos que tanto miedo dan a veces y tiene que ser reflejo de la pureza de Dios: es un ministerio.

La mujer en la Iglesia tiene que enseñar a adorar, a permanecer, a servir, a obedecer, a permanecer con Él y a orar, a conciliar, a reconciliarí y tiene que ser la primera a encontrarse con el Señor resucitado y correr, como María Magdalena en la mañana del domingo, como la mujer samaritana cuando se encuentra con Él junto al pozo. Tiene que dar testimonio de sus encuentros con el Viviente, con el Resucitado. La Iglesia necesita el testimonio de quienes participan de la intimidad del Corazón del Resucitado.ö M. Olga María del Redentor, CSCJ